

Entrevista a Santiago Tejedor

Corazón de viajero

Juanjo Conejo. Barcelona. 4 de diciembre de 2020.

Hay personas que dejan huella por donde pasan. Santiago Tejedor es una de ellas. Le conocí hace siete años por motivo de su discurso de presentación de la carrera de periodismo. Por aquel entonces Tejedor era el vicedecano de la Facultad de Comunicación de la UAB (Universidad Autónoma de Barcelona). La pasión y la magia de sus palabras fue lo que hizo que un año más tarde yo me alistara a las filas de aquellos que querían convertir el periodismo en su oficio. Profesor y viajero, Tejedor hace camino al andar. Pero no sólo vive aventuras, también se emplea a fondo en formar su intelecto: doctor en Periodismo y Ciencias de la Educación por la UAB (sobresaliente Cum Laude y Premio Extraordinario) y doctor en Ingeniería de Proyectos por la Universidad Politécnica de Cataluña (sobresaliente Cum Laude).

Los años fueron pasando, el camino se abría ante mí con una nueva ilusión, la de poner palabras a las aventuras vividas. Ahora estaba al otro lado de la puerta de una nueva experiencia: entrevistar a Santiago Tejedor. Desde el otro lado de la puerta él no podía oír el ritmo acelerado de mi corazón ante la expectativa de lo que allí dentro pudiera ocurrir. Le había escuchado en las clases, le había saludado por los pasillos de la facultad, pero ahora tenía la oportunidad de hablar con él durante una hora completa. Sabía que su boca era una mina: sus palabras eran pepitas de oro. Quería extraer lo máximo de este encuentro, así que fui armado hasta los dientes: cuarenta preguntas relacionadas con el periodismo de viajes.

¡Ábrete, Sésamo! Llegó la hora de traspasar la puerta y acceder al tesoro que había allí dentro. Su palacio (despacho para otros) es muy amplio y con mucha luz, tenía que ser así, está acostumbrado a los grandes espacios abiertos a los que viaja con frecuencia. Grandes ventanales, un mirador desde donde se divisa parte del campus universitario. Más superficie de cristal que de pared, desde allí el rey explora lo que le rodea mientras piensa en su siguiente viaje para que no se oxide su corona. Es alto y delgado, a su lado parezco un pigmeo. Tiene una larga melena morena al estilo del legendario Capitán Trueno. Su boca es grande, tan grande como las perlas que salen de su boca. No sonrío mucho, aunque cuando lo hace su sonrisa es sincera. Sus ojos son grandes, su mirada es de águila. Su nariz prominente le da un aire señorial. En definitiva, parece un nativo que haya surgido de alguna tribu perdida de la selva amazónica.

Extraigo de mi bolso una cámara digital Canon que llevo siempre conmigo por lo que pudiera pasar. Eso sí, con las baterías bien cargadas y la memoria vacía. Esta cámara es casi una reliquia comparada con las nuevas tecnologías que ahora existen, pero tiene para mí un valor sentimental. Llevo un micro trípode, así puedo llevarlo siempre encima en un pequeño hueco del bolso. Monto el trípode en la cámara y la sitúo en el lugar apropiado de la mesa. Tengo al rey bien encuadrado. Las dos hojas con las cuarenta preguntas y el bolígrafo están sobre la mesa. Todo está preparado: las luces que entran a raudales por los grandes ventanales y la cámara retro vintage. Falta la acción, le doy al botón de grabar con un ligero temblor en el dedo imperceptible al ojo humano.



Santiago Tejedor en Boca Chica (República Dominicana).

Me llamó “camarada”, ya no era su alumno. Debo confesar que ese título me emocionó, ¿habría percibido que yo también era amante de los viajes? Tejedor es un hombre espiritual, no sería extraño que conectara con mi mundo interior con la misma facilidad que lo hacía con las diferentes razas que había conocido durante sus viajes. Que el rey se dirigiera a mí con esa palabra era algo así como haber recibido un doctorado honoris causa.

Sentado en su trono humilde (la silla que había situada en un extremo de la mesa) contestó a todas mis preguntas con la espontaneidad de quien sabe manejar toda clase de situaciones imprevistas y la precisión de un reloj suizo. No habla por hablar, sabe lo que dice, tanto por formación como por experiencia, y argumenta con solidez todas sus declaraciones. Es amante de las grandes frases, de esas que quedan en la memoria: “Siempre, el viaje. Siempre, viajando”. Estas son las primeras palabras que pueden leerse en la biografía de su web personal.

Me interesaba mucho el tema de la catarsis del viajero. Con frecuencia recuerdo las palabras de Che Guevara tras realizar su famoso viaje en motocicleta por América del Sur en 1952: “Yo, no soy yo; por lo menos no soy el mismo yo interior. Ese vagar sin rumbo por nuestra mayúscula América me ha cambiado más de lo que creí”. Esta es la razón por la que comencé la entrevista con una pregunta que aludía a la transformación personal que sufren algunos viajeros en sus viajes. Me contesta:

“Jordi Grau, profesor del Departamento de Antropología Social y Cultural de la UAB, explica que después de un viaje que hemos vivido de manera intensa, un viaje que ha tenido un impacto en nuestra manera de ver, de entender y de organizar nuestros valores, siempre hay un momento de cierta desorientación. Quien retorna de un viaje largo y llega a donde en teoría es su lugar de origen, su casa, su territorio conocido, siente que no está en su lugar, que su lugar es otro, se siente desorientado y desubicado. ¿Esto qué significa? Que a lo mejor lo más pertinente es dejar que pase ese período para luego ya, de manera más sosegada, recuperar las notas y comenzar a escribir. Esto no significa que no haya que escribir durante el viaje, yo soy partidario de que siempre escribamos durante el viaje, cada jornada, incluso que nos obliguemos a hacerlo. Lo ideal es escribir en el antes y el durante. El antes son las expectativas, el durante es lo que estamos viviendo. Después, dejar un período de tiempo al regreso y luego retomar la escritura. Para mí ese es el recorrido más interesante, sobre todo para soslayar ese “soft cultural” que se produce a la vuelta y que nos puede generar o una intensidad muy positiva hacia lo que hemos vivido o lo contrario, y en ambos casos creo que son polos que pueden perjudicar la mirada del periodista.”



Santiago Tejedor en Comunidad (Cerca del río Napo).

Los consejos de Tejedor están basados en sus propias vivencias. No en vano ha participado en conferencias e investigaciones en diferentes países: Ecuador, Perú, El Salvador, Guatemala, Chile, Nicaragua, México, Costa Rica, Colombia, Brasil, Honduras, Cuba, República Dominicana o Panamá. Ha escrito varios libros de viajes: *Amara: Un viaje tras las pisadas del pueblo rarámuri* (2012), *¿Dónde estás Guevara? Magia, aventura y leyendas en la isla de Cuba* (2009), *Más allá del resort: Descubriendo República Dominicana* (2008), *Chakoka Anico. Un viaje imposible a la nación kikapú* (2015), *Yunka Wasi. Historias que cuenta la selva* (2016), *Viajar, sentir y pensar* (2013) y *Viajar a través de las leyendas* (2014), estos dos últimos como coeditor junto a José Manuel Pérez Tornero. Ha escrito un libro pionero *La enseñanza del ciberperiodismo* (2007). Faltaría espacio para nombrar todos los artículos que ha escrito sobre periodismo, educación y viajes. Lo que sí haré es mencionar tres de los once reconocimientos que ha recibido:

Primer premio en la categoría de “Mejor reportaje de viajes multimedia” en el certamen Tiramilles 2003, organizado por la Diputación de Barcelona. El trabajo presentaba una guía multimedia sobre un viaje por el camino inca (Perú). Diciembre de 2003. **Primer premio en la categoría de “Mejor periodista digital”** en el certamen Net Reporter 2003, Premio de Periodismo Digital para Jóvenes, organizado por la Diputación de Barcelona. Junio de 2003. **Primer Premio del II Certamen Internacional Intercampus** sobre Investigación y Docencia en la Red 2004, organizado por la Fundación Telefónica, en la categoría de “Aprendizaje en la Red” con el proyecto “Expedición México 2004: Viaje al mundo maya”. Diciembre de 2004.



A propósito de *Viajar, sentir y pensar*, me llamó la atención el título de este libro, son tres verbos que sugieren tres actividades fundamentales del periodista de viajes, las cuales hacen referencia a la totalidad de la persona: cuerpo, alma y mente. Se viaja con el cuerpo (se traslada al lugar acerca del cual desea escribir, convirtiéndose en un observador directo); el alma siente (vive una experiencia vital capaz de romper moldes antiguos basados en estereotipos); la mente piensa (reflexiona sobre los hallazgos obtenidos enriqueciendo su capacidad intelectual). En otras palabras, y tal como textualmente se expresa en el prólogo del libro, este tipo de escritores son “genuinos y auténticos artesanos de viajes únicos e inigualables”.

Respecto a la elaboración del libro *Viajar, sentir y pensar*, se solicitó la colaboración de literatos, profesores, antropólogos, biólogos, arqueólogos, periodistas, corresponsales de guerra, semióticos, historiadores, naturistas y politólogos. No se les pidió que elaborasen desde sus oficinas una ficha turística de viajes, sino que compartieran sus experiencias personales. “Debían reflexionar sobre uno de tantos sentimientos que acompañan el “antes”, el “durante” y el “después” de cada periplo y aventura viajera”, explica Tejedor. El objetivo de este libro es, como indica el prólogo, “la defensa de los pueblos indígenas que habitan el planeta”, y los beneficios de la obra están dirigidos a la Fundación Tarahumara José A. Llaguno ABP, fundada en 1992, cuya misión es promover el desarrollo comunitario de la Sierra Tarahumara, ubicada en el estado de Chihuahua en México, región del grupo indígena rarámuri, la más pobre de México. Por este motivo, podríamos añadir una característica más al periodismo de viajes: su aspecto humanitario.

Pero eso no es todo, cada uno de los capítulos del libro *Viajar, sentir y pensar* hace referencia a los diferentes tipos de emociones que acompañan al viajero: el llanto, el desamor, la duda, la confusión, el miedo, el terror, la ansiedad, el odio, la soledad, la tristeza, la desilusión, la crueldad y la melancolía. Este hecho me sorprendió, razón por la que este fue el tema de mi segunda pregunta. Pero algo mágico ocurrió entre la primera y segunda pregunta. Una mariposa se posó sobre uno de los ventanales del palacio, sus cristales estaban muy limpios, desde mi óptica estaba colocada sobre la cabeza de Tejedor, el rey ya tenía corona. Este acontecimiento fortuito (o no) me desconcentró durante unos segundos del hilo de la entrevista. Reaccioné enseguida para no perderme en la divagación de los misterios de la vida y tomé las riendas de la entrevista sin que él se diera cuenta de mi lapsus mental. Fueron sólo tres segundos, pero esa imagen quedará plasmada para siempre en mi memoria: los viajeros no tienen coronas, pero tienen mariposas sobre sus cabezas. “¿Cree usted que las emociones, sean positivas o negativas, deben aparecer en los textos de viajes?”, le pregunté. Abrí bien los oídos para saborear al máximo su respuesta:

“Bueno, el libro del que hablas está concebido justamente con esa lógica. Lo que hicimos fue buscar un conjunto de emociones y trasladarlas al fenómeno o verbo viajar. Hay emociones positivas: la alegría, la sorpresa, la satisfacción, la felicidad, el amor... Hay otras negativas: la rabia, el terror, el miedo... Y hay otras que yo no diría que son negativas, para mí la soledad es algo positivo. Otra cosa es que no sepamos convivir con la soledad, ese ya es otro tema. Lo hicimos a propósito, la planificación del proyecto ya venía por aquí, viajar a través de las emociones, asignamos a cada autor una emoción para que, a partir de un viaje propio, un viaje conocido, construyera un relato que recuperara esa emoción.”

“Para mí la soledad es algo positivo. Otra cosa es que no sepamos convivir con la soledad.”

(Santiago Tejedor)

En este momento encuentro el hueco perfecto para lanzar la tercera pregunta enmascarada con signos admirativos (la mariposa sigue sobre su cabeza): “¡Pero las revistas de viajes evitan en sus textos las emociones negativas!”. Me responde sin pestañear, sabe con exactitud qué responder:

“Es cierto que los textos de promoción turística no aluden a estas emociones negativas, pero nosotros ese libro no lo entendemos así, era un libro de periodismo de viajes, y el periodismo de viajes es ir a un lugar para contar lo bonito que es, pero también para denunciar las cosas que suceden en ese lugar. El periodista de viajes, como cualquier otro periodista, lo que hace, como decía Kapuściński, es prender la luz para ver cómo las cucarachas corren a ocultarse. David Jiménez lo ha hecho en Camboya, en Vietnam... Nos tocará describir situaciones duras, dramáticas e incluso terroríficas. También lo hacen los cronistas o los reporteros que están en frentes de conflictos bélicos, lo han hecho aquellos que han cubierto catástrofes humanitarias o naturales, los que han tenido que hablar del drama que viven personas o poblaciones en diferentes lugares del mundo. El conjunto de las emociones están dentro del verbo viajar. El verbo viajar puede transitar por todas ellas, y el viaje más importante, que es el nuestro, el de la vida, lo hace. Pasamos por momentos difíciles y otros más positivos. Este libro lo que busca es justamente eso.”

“El periodismo de viajes es ir a un lugar para contar lo bonito que es, pero también para denunciar las cosas que suceden en ese lugar.”

(Santiago Tejedor)



Santiago Tejedor en Chocó (Colombia).

La mariposa se ha ido, yo sigo en mi lugar con la espalda erguida y la cabeza alta, como corresponde a quien está orgulloso de ser periodista. Entrevistar a alguien es ser un buscador de tesoros en forma de palabras. La siguiente pregunta de mi esquema sobre el papel (por si los nervios me traicionaban) guarda relación con el libro *Viajar a través de las leyendas*. Es importante mencionar que esta obra es un proyecto de la II edición del Máster en Periodismo de Viajes, que organiza el Gabinete de Comunicación y Educación de la UAB, y que los seis relatos que contiene fueron escritos por los estudiantes de dicho máster en base a experiencias reales. Esta es la razón por la que, tal como se indica la contraportada: “Cada capítulo de este libro es un testimonio, un ejercicio periodístico, una catarsis literaria, una aventura vivida y también soñada, una invitación al viaje y, por encima de todo, un sugerente material que ayudará a todo buen viajero...”. Por otro lado, los beneficios de *Viajar a través de las leyendas*, y tal como se cita antes de la introducción, están dirigidos a la Asociación Asturiana de lucha contra la Fibrosis Quística. Un buen ejemplo, una vez más, para demostrar la función humanitaria y solidaria del periodismo de viajes, más allá de su capacidad para incitar a la aventura y hacer soñar en viajes deseados. Volvamos a mi pregunta: “¿No importa si la leyenda es real o ficticia a la hora de construir el relato viajero?”. El viajero, ahora sin corona a la espera de otra mariposa, me responde: “*Viajar a través de las leyendas* es justamente un tributo a la importancia que tienen los mitos para entender nuestro presente”.

“El viajar de una forma auténtica y genuina exige de historia, de argumentos, de hilos conductores que alimenten y moldeen ese afán por descubrir, indagar y paladear los datos, los personajes...”

(del libro *Viajar a través de las leyendas*)

Tejedor continúa con su discurso (para que ese despacho pareciera el paraíso sólo me faltaba saborear un buen café mientras le escuchaba): “Lo que hicimos fue utilizar como hilo conductor las leyendas porque creemos que hay un viaje, que es un viaje al pasado, que nos permite recuperar historias, conceptos de antaño que son decisivos para entender algunos territorios. El periodista que viaja tiene que enfrentarse generalmente, por desgracia en un tiempo muy reducido, a la complejidad, a la riqueza, la variedad de temas, matices, pinceladas, que hay dentro de una determinada sociedad. Por ejemplo, en México hay una historia muy bonita que explica cómo las ratas enseñaron a las madres a dar a luz, y que hoy en día en algunos lugares, especialmente zonas rurales, parte de la cosecha se deja directamente que se la coman los roedores porque es un tributo a esa leyenda que de generación en generación ha ido pasando de unas familias a otras. Yo creo que para entender el presente tenemos siempre que viajar al pasado, y las leyendas son una buena herramienta para hacerlo”.

Le doy un sorbo a mi café imaginario y continúo religiosamente con la rigidez de mi cuestionario (para algo tenía que servir, aunque sienta preferencia por las preguntas espontáneas): “En los relatos de viajes, ¿qué considera mejor, escribir en primera o tercera persona?”. Ahora el palacio se ensombrece un poco, parece que una nube está pasando por delante del sol. Pero el rey sigue brillando con la luz de sus respuestas:

“Es un error cuando caemos en lo que llaman “yoyó”, constantemente primera persona del singular hasta el punto de que el lector se puede llegar a cuestionar quién es este señor o esta señora que habla más de él que de lo que ha visto, de lo que ha vivido o del lugar. Por otro lado, yo creo que es inevitable que esté el “yo”, el que ha hecho el viaje eres tú, el que ha ido allí eres tú, no soy yo. Si hubiera sido yo quizá el retorno es distinto, lo que traigo conmigo es diferente. Eliminar al 100% el “yo” es, por un lado, imposible; y por otro, ingenuo, porque eres tú el que ha ido, el que ha visto, el que ha hecho unas preguntas y no otras, el que ha sentido unas cosas y no otras. Por lo tanto, el “yo”, nos guste o no nos guste, está presente. Otra cosa es el abuso que se hace en ocasiones de esa primera persona del singular que yo sí creo que es negativa. Pero, por ejemplo, a mis alumnos a veces les pongo ese ejercicio, que obligatoriamente escriban desde el “yo” para que sientan esa incomodidad de estar en el relato y sobre todo para que vean que hay que mesurar la presencia del “yo” para que no se convierta en algo excesivo que acabe abrumando a la narración. Luego hay otros recursos, el del testigo invitado, de datos documentales, de datos históricos... que nos permiten enriquecer la narración. En definitiva, yo creo que en la narración no es negativo usar la primera persona, pero debemos saber utilizarla y, sobre todo, mesurar su presencia.”



Santiago Tejedor con Chakoka Anico, líder del pueblo kikapoo (Coahuila, México).

Javier Reverte, veterano periodista y escritor de viajes, declaró al diario *El Mundo*: “Soy un escritor de viajes, no de turismo”. Me sorprendió la contundencia de su afirmación. Por esta razón, la aseveración de Reverte merecía (sin duda) un espacio en mi rosario de preguntas. “¿Por qué cree que Reverte realizó esa afirmación?”, le pregunto. Mientras escucho su respuesta saboreo por segunda vez mi café de fantasía, conjugando el placer del paladar y del oído:

“Si compras u ojeas una revista en un avión te das cuenta de algunas cosas. Primero, que casualmente, casualmente entre comillas, los destinos que aparecen en las revistas tienen que ver con los lugares a los que viajas en compañía aérea. Segundo, que al lado de los reportajes de esos destinos resulta que se anuncian productos, hoteles o restaurantes de esos destinos. O sea, empiezas a sospechar que lo que te están presentando ahí no es una visión periodística, sino una visión promocional. Por tanto, yo creo que hay dos caminos que a veces se cruzan, pero que son caminos distintos, que nos llevan a hablar, por un lado, de promoción turística; y por otro, de periodismo de viajes. El periodismo de viajes es también un periodismo de denuncia, en el ámbito turístico no encontraremos ninguna denuncia.”

“Hay dos caminos que a veces se cruzan, pero que son caminos distintos, que nos llevan a hablar, por un lado, de promoción turística; y por otro, de periodismo de viajes.”

(Santiago Tejedor)

Ahora llega el momento idóneo (lo esperaba ansioso) de romper la rigidez de mi entrevista prefabricada con una pregunta espontánea: “¿Quiere decir que se puede maquillar la realidad con el objetivo de vender un destino turístico?”. Responde sin asustarse de la pregunta:

“Se puede y se hace. Es más, muchos, entre los que me incluyo, no quieren participar de esos viajes patrocinados o promocionados por gobiernos, por hoteles o por instituciones para que vayas a un sitio y luego expliques cómo es ese sitio, porque difícilmente alguien que ha ido a un sitio con todos los gastos pagados puede escribir libremente. Creo que el periodista de viajes tiene que ser bastante exigente con los demás y consigo mismo y evitar ese tipo de situaciones. Pero por descontado se dan esos casos en que se maquilla la realidad. Recuerdo que cometí la ingenuidad de escribir a una compañía aérea (la revista del avión) después de leer el artículo que habían hecho sobre México, y decirles “si seguimos hablando así de los lugares vamos a destrozar la esencia del periodismo de viajes, lo que significa el relato viajero, tenemos que empezar a hacer un periodismo distinto que recupere y cuente buenas historias”. Nadie me contestó. Volví a mandar el mail, nadie me contestó. Pero hay un periodismo que es muy superficial que lo que hace es maquillar realidades. Hagamos la prueba, busquemos qué ministerio de turismo de un país, pongamos el suroeste asiático, hable de la problemática de la prostitución infantil o de temas similares, ninguno, están promocionando otras cosas. Yo creo que el periodismo de viajes justamente es lo que nos permite combatir ese tipo de escenarios que no se están trabajando desde otro tipo de sectores de la empresa comunicativa.”

Llegados a este preciso momento, la respuesta de Tejedor me recuerda lo que unos días antes me había dicho David Revelles, otro periodista viajero: “Siempre luce el sol en todas las portadas de la revista de viajes *National Geographic*”. Rápidamente tacho algunas de las preguntas de mi cuestionario porque se han contestado por sí solas en lo que llevamos de entrevista. Unos segundos de silencio (para él, de expectativa; para mí, de volver al camino trazado) y continúo: “¿Qué papel juega el uso de la imaginación en los reportajes de viajes?”. Como siempre, responde sin titubear:

“Creo que es decisiva. El primer paso para hacer un buen periodismo de viajes es leer, y leer mucho, de relatos basados en periplos reales que han hecho algunos aventureros, pero también en literatura de ficción. Julio Verne nos muestra un ejemplo de un camino muy interesante para viajar desde el sofá de casa. En muchos casos de antaño y también de escritores contemporáneos encontramos que la literatura, insisto, que en la literatura novelada o de ficción, ha sido un gran estímulo la imaginación, una gran invitación para luego salir a buscar cosas, un impulso por adentrarse en lo ignoto y buscar lo diferente, lo extraño, lo desconocido. La lectura de muchos clásicos, incluso de ficción, debería formar parte de la formación de un periodista de viajes.”



Santiago Tejedor con el chamán Comandante (Amazonia ecuatoriana).

Mientras le doy un tercer sorbo a mi café virtual (tiene la ventaja de que no se enfría) mi mente me transporta a unas palabras de Mariano Belenguer, periodista que realizó su tesis doctoral sobre el periodismo de viajes: “El espíritu viajero y aventurero no es fácil de reprimir, aflora por todos los lados, y como no se puede aniquilar, se manifiesta de formas distintas y dispares”. Estas palabras de Belenguer me dan la base de la siguiente pregunta fuera de lista: “¿Cree usted que todos somos nómadas desde el nacimiento y tenemos inquietud por viajar y explorar nuestro entorno?”. Tejedor responde (mientras lo hace gano unos segundos para repasar velozmente la lista de preguntas que me quedan y decidir las que puedo eliminar por ser irrelevantes a esta altura de la entrevista):

“Si hiciéramos la historia del periodismo de viajes estaríamos haciendo la historia de la humanidad, porque el hombre siempre se ha desplazado, a veces por una voluntad estimulada por la curiosidad, a veces por la necesidad de subsistir. Las sociedades pasaron de ser nómadas en su mayoría a sedentarias, y en ese cambio se perdió ese afán por el movimiento, y muchos dejaron de desplazarse porque el día a día se lo impedía. Pero siempre ha existido, desde los orígenes del ser humano hasta la actualidad, un grupo de personas que se ha aventurado a buscar, incluso a arriesgar su vida, para ir más allá. Esto es una prueba clara de que el ser humano se ve movido por ese afán de la aventura, de descubrir, de explorar. Hoy en día hemos caído en una sociedad más sedentaria en la que muchas veces nos cuesta salir de la zona de confort, es la zona donde tenemos las comodidades garantizadas y donde no hay riesgos, y allí se vive con un cierto calor en sentido metafórico. Pero insisto, sigue habiendo muchas personas que lo que hacen es saltar sus barreras para buscar otra vez lo desconocido, lo extraño, y para tener la gran experiencia de recorrer el mundo.”

Ya tengo la lista de preguntas redirigida, próxima parada: la alteridad. Un rayo de sol entra por los ventanales del despacho real y me deslumbra a través de los cristales de las gafas, el rey no lo sufre, él está de espaldas a las travesuras de los rayos solares. Estrategia inteligente: muevo un poco la silla sobre la que estoy sentado. Él se acaricia la barbilla mientras me sitúo de nuevo en mi puesto de combate. “¿Qué importancia tiene la alteridad en los textos de viajes?”, le pregunto como si nada hubiera pasado. Deja de jugar con su barbilla y contesta:

“Creo que ponernos en la posición del otro es algo decisivo. Este ejercicio de alteridad nos va a permitir separarnos de los prejuicios y tener una visión mucho más completa y plural. La alteridad debería estar en los planes de formación de las escuelas, de las universidades y de los medios de comunicación, porque en las sociedades en las que vivimos y a las que aspiramos, que son sociedades de la mezcla, será decisivo que tengamos esa habilidad para ponernos en la situación del otro. No me refiero sólo a cuestiones étnicas, culturales y religiosas, sino en cualquier tipo de escenario. El que viaja y observa situaciones que le son distintas, ajenas o desconocidas, antes de prejuzgarlas debería plantearse porqué lo hacen así, porqué comen esto, porqué construyen sus casas de esta forma. Antes de emitir un juicio hay que analizar. ¡Cuidado!, porque la alteridad nos puede llevar luego al relativismo cultural, que viene a decir: “Siempre ha sido así, hay que respetarlo, los pueblos tienen que ser autónomos en la manera en que se organizan y gestionan sus situaciones”. Pero el relativismo cultural llevado al extremo es peligroso, nos llevaría a decir que, puesto que siempre han utilizado burka, tienen que seguir utilizando burka; que, ya que siempre se ha practicado la ablación, se tiene que seguir aplicando la ablación. Tenemos que ser capaces de medir, de equilibrar la manera de entender al otro o de reconocer lo que el otro hace.”



Oración (Ascenso Pico Duarte, Expedición Tahina-Can R. Dominicana).

Próxima estación: la espiritualidad. Coloqué esta parada en el tramo final del recorrido después de haber leído dos afirmaciones que me hicieron reflexionar mucho. La primera es de Rodrigo Castro, doctor en Filosofía: “Para el viajero la conquista es mucho más que el hallazgo de un paraje indómito y se transforma en la ocasión para encontrar la propia espesura de uno mismo. La aventura no culmina en la apertura de un nuevo territorio, sino en el cierre de una mirada sobre el propio ser”. La segunda es de Mariano Belenguer, doctor en periodismo: “La vida es un viaje a nuestro interior, es formar parte de esa ecuación en la que velocidad, espacio y tiempo juegan con nuestras anquilosadas mentes mostrándonos lo relativo que es todo aquello que percibimos como trascendente”. Antes de lanzar la penúltima pregunta apuro el café invisible (aún está caliente, ¡qué poderosa es la imaginación!). “¿Qué relación hay entre la espiritualidad y el viaje?”, le pregunto expectante mientras todavía persiste en mi paladar el sabor del último sorbo. Una sonrisa tímida se le escapa antes de contestar:

“Desde mi punto de vista el viaje es un gran motor educativo, vivencial, que te retorna muchas experiencias, y dentro de esas experiencias están muchas cosas que no son estrictamente materiales, sino que también son aspectos que tienen que ver con tu manera de entender el mundo, tu manera de jerarquizar los aspectos importantes en tu vida, tu manera de entenderte a ti mismo. Esto tiene que ver con lo espiritual, y es que el viaje también nos ayuda a reinventarnos o a reconocernos como seres humanos y a plantearnos qué queremos ser. Yo creo que dentro de todos los viajes deberíamos cultivar ese acercamiento a la soledad, al silencio y a aspectos que no son estrictamente materiales. Si nos entregamos a lo que significa el viaje, si queremos aprovecharlo al máximo, el viaje nos va a plantear situaciones y escenarios que nos van a exigir algo más: una reflexión, una interpretación, otra mirada. El viaje nos va a invitar a ese ejercicio de aprender y, sobre todo, de desaprender. Esto es decisivo en los viajes, nuestra capacidad para despojarnos de hábitos, rutinas, comportamientos o miradas que vienen de atrás y que nos están impidiendo llegar a la esencia de lo que vemos y visitamos.”

“Cuando hacemos la maleta la cargamos de prejuicios, de estereotipos, de una miopía viajera que luego nos impide disfrutar y entender. No tendríamos que fijarnos tanto en lo diferente y extraño, sino en lo que nos acerca y nos une, en lo que nos hace más parecidos.” (Santiago Tejedor)

- Ya lo dijo el filósofo francés Voltaire: “El verdadero viaje de descubrimiento no es buscar nuevas tierras, sino mirarlas con nuevos ojos”.



Buscando la armonía en la diferencia.

Llegamos al final del trayecto a la hora calculada. Sólo queda por tachar una pregunta del mapa del tesoro. Todo tiene su fin. El fin es un comienzo. Pasamos página, echamos tierra sobre el pasado, otra isla se otea en el horizonte. “¿Cuál será su próximo proyecto literario?”, le pregunto. Miro la taza fantasma, ya no queda más café. Miro los ojos del rey, sedientos de desnudar lo que ven. La tierra se ha detenido en su órbita. Silencio. Una voz, se alza un leve rumor, es la ola de un sueño que crece. Y crece, y crece... hasta que me salpica a mí que estoy en la orilla de la playa:

“Estoy preparando un libro de viajes que está dando muchos problemas porque es un tema muy delicado. Mi voluntad es buscar historias de soldados por América Latina para (a pesar de que hablo de soldados y ya nos viene a la mente palabras como guerra, enfrentamiento y muerte) hacer un libro de amor a partir de historias de soldados: qué hay detrás de esa persona, su día a día, su cotidianidad, qué anhelos tienen, qué sueños tienen, qué expectativas tienen a nivel familiar. En definitiva, buscar el lado humano de gente que se dedica a matar.”

Deduzco, por las palabras de Tejedor, que habrá que esperar bastante hasta que el libro se publique, si es que finalmente el barco llega al puerto. Un fuerte apretón de manos y salgo del palacio. ¡Ciérrate, Sésamo!, y la puerta se cierra detrás de mí. Camino por el pasillo con un botín de sesenta minutos (treinta minutos de grabación más treinta minutos de *off the record*), con la sensación de haber robado al rey un diamante, un pedacito de su alma.

La entrevista es el género que más me apasiona del periodismo, ¡se aprende tanto! Ítaca puede esperar mientras haya tantos tesoros por descubrir. Camino por el pasillo con un deseo. En menos de un minuto me encuentro en la cafetería de la facultad. Un líquido negro, tan negro como la profundidad de donde emerge la luz. Mi sueño se ha cumplido. Solo y sin azúcar. Tan amargo como en ocasiones la vida; tan excitante como las grandes aventuras. ¿Volverá algún día a cruzarse mi camino con algún sendero del rey? Entretanto, seguiré pensando en la metamorfosis de una mariposa transformada en corona y en la de un despacho convertido en un palacio de cristal.

ÍTACA

Cuando emprendas tu viaje a Ítaca
pide que el camino sea largo,
lleno de aventuras, lleno de experiencias.
No temas a los lestrigones ni a los cíclopes
ni al colérico Poseidón,
seres tales jamás hallarás en tu camino,
si tu pensar es elevado, si selecta
es la emoción que toca tu espíritu y tu cuerpo.
Ni a los lestrigones ni a los cíclopes
ni al salvaje Poseidón encontrarás,
si no los llevas dentro de tu alma,
si no los yergue tu alma ante ti.

Pide que el camino sea largo.
Que muchas sean las mañanas de verano
en que llegues - ¡con qué placer y alegría! -
a puertos nunca vistos antes.
Detente en los emporios de Fenicia
y hazte con hermosas mercancías,
nácar y coral, ámbar y ébano
y toda suerte de perfumes sensuales,
cuantos más abundantes perfumes sensuales puedas.
Ve a muchas ciudades egipcias
a aprender, a aprender de sus sabios.

Ten siempre a Ítaca en tu mente.
Llegar allí es tu destino.
Mas no apresures nunca el viaje.
Mejor que dure muchos años
y atracar, viejo ya, en la isla,
enriquecido de cuanto ganaste en el camino
sin aguantar a que Ítaca te enriquezca.

Ítaca te brindó tan hermoso viaje.
Sin ella no habrías emprendido el camino.
Pero no tiene ya nada que darte.

Aunque la halles pobre, Ítaca no te ha engañado.
Así, sabio como te has vuelto, con tanta experiencia,
entenderás ya qué significan las Ítacas.

Constantino Cavafis (1863 - 1933)



Santiago Tejedo®, con R de rey: un rey con corazón de viajero.